

El buen samaritano

15º Domingo del Tiempo Ordinario

En esto se levantó un doctor de la Ley y dijo para tentarle: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”. Él contestó: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?”. Este le respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Y le dijo: “Has respondido bien. Haz eso y vivirás”. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”. Jesús entonces, tomando la palabra, dijo: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones que, después de despojarle y cubrirle de heridas, se marcharon dejándolo apenas con vida. Bajaba por aquel camino un sacerdote que viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita que pasaba por aquel sitio, lo vio y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él y al verle se llenó de compasión. Se acercó, vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino, y montándole sobre su propia cabalgadura, lo condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente, tomando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: «Cuida de él y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta». ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”. Él le contestó: “El que tuvo misericordia de él”. Y Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”.

Lc 10,25-37

Transcripción de audio

Jesús, hoy me das la gran lección del amor y me dices cómo tengo que cumplir ese gran mandamiento donde Tú resumes toda la Ley: el amor a Dios y manifestado en el amor al prójimo —el resumen de tu plan de amor sobre la humanidad, el resumen de tu voluntad—. Y el único camino es el amor en acción, porque amar significa poner todo el corazón, todo tu amor y el servicio en la persona necesitada, en la persona que tengo al lado, estar atento a las necesidades de los demás. Ante la pregunta de este maestro de la Ley —que le dice: “¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”—, Jesús, Tú nos dejas esta gran parábola, este gran ejemplo. Y ante la pregunta de este hombre —que le dice: “¿y quién es mi prójimo?”—, nos cuentas esta narración que nos inquieta, nos cuestiona y nos urge a amar.

Este hombre, que bajaba de Jerusalén a Jericó, sabiendo cómo eran esos caminos —llenos de ladrones, de bandidos—, cae en manos de estos hombres, le muelen a palos, se marchan, le dejan medio muerto... Y vienen las tres actitudes que yo puedo tener ante cualquier necesidad, ante cualquier problema que se me puede plantear de cara a los demás: este hombre cumplidor, sacerdote, que

rige en su mundo el culto, lo ve, da un rodeo y se va; este hombre legalista que lo ve, da un rodeo y se va; pero este samaritano —que eran despreciados totalmente— nos deja la gran lección del amor. Y cómo disfruto, Jesús, oyéndote recitar esos verbos de amor: “le dio lástima”, “se le acercó”, “le vendó las heridas”, “las curó con aceite y vino”, “lo montó en su propia cabalgadura”, “le llevó a la posada” y “le cuidó”. ¡Gracias, Jesús, por esta lección! “¿Cuál de los tres te parece el mejor?”, le preguntas a este hombre. “El que practicó la misericordia”. Y hoy siento que a mí también me dices: “Anda y haz tú lo mismo”.

En este encuentro, Jesús, te quiero pedir también perdón por las veces que paso de largo, que voy a lo mío, que rodeo, que hago un rodeo, que me da lo mismo... Te pido ser este buen samaritano, que me llene de misericordia. Primero que tenga lástima, que me dé pena, que me acerque, que cure, que ponga en acción todo mi amor, todo lo que yo pueda, y que esté pendiente de las necesidades de las personas que tengo a mi lado. ¡Qué gran lección me das hoy, qué gran lección! El amor no tiene límites, el amor quita los problemas, el amor no se echa para atrás, el amor resuelve, el amor... ¡ama! Cuántas veces parezco el bueno, parezco esa gente religiosa, pero que no hace nada por las necesidades de los demás. Y hoy me dices: “¡Haz tú lo mismo! ¡Urge que te pongas en camino! Tienes que ser ese buen samaritano. ¡Haz tú lo mismo!”.

Jesús, quiero leer muy despacio este texto y llenarme de tu amor, pedirte ayuda, pedirte perdón por las veces que no sé curar heridas, por las veces que no me compadezco de los demás, por las veces que soy sacerdote y levita, que ni quieren, ni se esfuerzan por ayudar a los demás. Tengo que ser este buen samaritano. Y me invitas a seguir tu camino, me invitas a partir el pan con los demás, a lavar los pies a los demás. Ayúdame a ser ese buen samaritano y a hacer como él, a hacer como él... Lo que tú hiciste, que yo también lo haga.

Pido ayuda muy fuerte a la Virgen, a tu Madre, para que me ayude en el buen hacer, en la buena entrega a los demás, en estar siempre pendiente de los demás. “Vete y haz tú lo mismo”. Y yo quiero preguntarte hoy, Jesús: ¿y quién es mi prójimo? El que está cerca, el que está a mi lado, que a lo mejor necesita que le cure con una sonrisa, que a lo mejor necesita que me interese de sus problemas, que a lo mejor necesita que le mire con amor, que vende sus heridas, que a lo mejor necesita mi atención. Amar con todo el corazón. Que no ponga yo trabas al amor.

Señor, hazme ese buen samaritano, que esté pendiente de ti, enséñame el camino del amor, que sea fuerte y que sepa compadecerme de los demás. Vete y haz tú lo mismo. ¿Quién es mi prójimo? Que sea ese buen samaritano con todas las personas que se acercan en mi camino. Madre mía, ayúdame en el esfuerzo y en el trabajo de amar.

El buen samaritano: “Vete y haz tú lo mismo”

¡Que así sea!